

El costo social y político de no crecer es alto.

El poder de un Estado dirigista, con un Ejecutivo casi monárquico, y élites encargadas de manejar tanto los sectores públicos como privados, ayudados por medios informativos demasiado deferenciales, han castrado la virilidad de las instituciones democráticas. Los políticos, tanto los que nos gobiernan como los que aspiran a ello, con todo cuidado tratan de evadir el problema principal: la falta de empleo y desarrollo económico. La máxima urgencia en el México de hoy y del futuro cercano, gane quien gane las elecciones, es vencer la desocupación, inocupación u ocupación improductiva. Ningún partido político ha ofrecido una solución convincente.

EN BUSCA DE UNA ALTERNATIVA

México necesita en su política-política y en su política económica un nuevo vitalismo. Tiene que incrementar los ingresos de la mayoría de la población como requisito previo al aumento del ahorro interno y su inversión. Urge elevar los niveles de escolaridad y capacitación. Nuestro desfasamiento educativo es tremendo. Solo dos de cada cien estudiantes de primaria obtienen la licenciatura. En el largo camino hacia ella hay desertión y abandono por distintas causas, entre ellas, la necesidad económica. Comparativamente con los niveles de escolaridad que tienen nuestros competidores en NAFTA, los tigres de Asia y varios países de la América Latina, este atraso educativo es preocupante no sólo para el futuro inmediato sino para nuestra situación competitiva en un plazo histórico más largo.

SALIR DEL PARQUE PRIÁSICO

Parece evidente que las elecciones marcarán un cambio básico en nuestra historia. Tendremos que pasar

de un gobierno que ha tenido el monopolio del poder a un sistema no solo de co-habitación, término de moda no muy bien definido, a un co-gobierno funcional. Ante la magnitud de nuestros problemas económicos habrá que actuar para la economía en su conjunto. El nuevo gobierno tendrá que hacerlo para empresas y pueblo. Necesita darles un nuevo papel a los actores no estatales y pensar siempre en los compromisos derivados de la globalización y a los necesarios encadenamientos nacionales e internacionales de las empresas productivas. Más importante será que habrá que gobernar para consolidar un desarrollo económicamente sustentable.

Independientemente de la estructura legal del gobierno, de qué partido tenga la mayoría en el Legislativo y de que exista una separación efectiva de los poderes Legislativo, Judicial y Ejecutivo, habrá que cerrar la brecha entre gobernantes y el pueblo. A éste hay que escuchar, con éste hay que dialogar y explicar, pero más importante será elevar su nivel de vida, darle y cumplir expectativas de progreso.

NUEVO PACTO PARA EL CRECIMIENTO

El gobierno y el sector privado se necesitan mutuamente para tener éxito. El pasado a veces nos ha separado; el futuro nos une. El destino final de esta unión es desconocido. A través de la historia los intereses económicos han tenido un papel central en la definición de nuestra política exterior. Gústenos o no, la economía mexicana está más atada que nunca al comercio internacional. Exportaciones e importaciones, inversión directa y tecnología, cadenas de comercialización y técnicas de mercadeo son útiles. Los nexos entre economía y gobiernos son cada vez más fuertes. Sea cual fuere el resultado de las elecciones, el enfoque del nuevo gobierno tendrá que ajustarse a estas realidades.

DESPUÉS DEL 6 DE JULIO

CARLOS MONSIVÁIS

En el vocabulario al uso de la opinión pública se entiende por *transición a la democracia* la alternancia en el poder. También a la transición se le adjudican otras encomiendas: garantizar la conectabilidad de las elecciones, ponerle límites muy estrictos a los excesos del presidencialismo, destruir las redes de la complicidad burocrática y el caciquismo, etcétera, pero lo principal es la alternancia. Ante eso el PRI y el presidente Ernesto Zedillo, aseguran:

a) No tiene caso hablar de transición, ya que en México hay democracia por lo menos desde la revolución de 1910, b) Democracia es también, y sin duda, que gane el PRI... El primer argumento se deja ver como ejercicio del cinismo o del humor involuntario, el segundo es en principio irrefutable, pero, ¿qué significa "que gane el PRI"? El método retentivo del Partidazo es el de siempre: uso y despilfarro de los recursos federales (discursos presidenciales adjuntos)

en favor del PRI y de la "governabilidad". Así por ejemplo el salario de cientos de miles de brigadistas encargados de entregarles a los ciudadanos en su casa "objetos utilitarios, como tortilleros, plumas, agendas, casettes, llaveros, calendarios y un croquis con la casilla a la que tienen que acudir. El regalo no se entrega sin ton ni son, se trata de una acción personalizada que tiene la intención de hacer sentir al elector que se tiene una estima por él. También, los promotores del voto, al "detectar el día de las elecciones la falta de asistencia de los simpatizantes comprometidos con el voto, acudirán a sus domicilios para invitar a los ciudadanos a sufragar". (Documento de la Secretaría de Operación y Acción Política del PRI, *La Jornada*, 24 de mayo de 1997).

A esto se añaden las andanadas de golpes bajos contra la oposición, la intensificación de los "canjes" de servicios por votos, las cuentas alegres a propósito de las diez mil casillas en el país sin representante de la oposición, y así sucesivamente. Acéptese lo que la desesperación dicte, pero no habrá modo de convencer a la población, votantes del PRI incluidos, de la fluidez de la vida democrática mientras el PRI no pierda de manera muy significativa, más allá incluso de los cuatro gobiernos estatales del PAN y los municipios ganados por el PAN y el PRD. Ante la evidencia de los desastres causados por el régimen, ante el oprobio de los escándalos infinitos, ante el hartazgo por casi setenta años de un grupo en el mando, ante la notable diferencia de recursos a favor del partido de gobierno, un nuevo triunfo del PRI en la ciudad de México o la continuidad de la mayoría mecánica en el Congreso, no convencerán ni mínimamente, y conducirán al desánimo nacional. Lo que hoy se escribe, se dice, se argumenta y se expresa en las encuestas, tiende a unificarse si la transición a la democracia va a ser creíble, necesita darse con amplitud la alternancia que consolide las alternativas.

En los días previos a la elección del 6 de julio cada uno de los votantes probables se siente responsable de su decisión, de una manera ya no sentimental o meramente airada. Esto lo desprendo del infinito de las conversaciones, la información periodística, las llamadas a la radio, las encuestas, las atmósferas sociales. En 1988, en las campañas de Cuauhtémoc Cárdenas sobre todo, y de Manuel Clouthier, del PAN, se percibió una "mística" opositorista, que depositaba en las plazas colmadas y en el entusiasmo colectivo la fuerza necesaria para el salto histórico. El éxito posterior de Salinas, pese a la sospecha casi unánime de magno fraude electoral, probó la debilidad de esta sensación redencionista a la que hoy reemplaza la urgencia de

ponerle un alto al desastre. Por lo visto, el afán prevaleciente no es el desquite sino la gana de cambio. Del voto de castigo al voto de rectificación del rumbo. Es notorio el afán de ordenamiento, de frenar el desprecio oficial por los derechos ciudadanos y los programas económicos cuyo punto de partida no sea el sacrificio interminable de las mayorías. Esto, en medio del culto por la modernidad, que modifica las tradiciones electorales. Las manifestaciones le ceden el paso a los debates en radio y televisión; en los video-clips no domina el mensaje ideológico sino el poner de relieve la audacia visual del patrocinador político, al discurso doctrinario lo desplazan las tácticas publicitarias. Sin embargo, la conciencia política de la sociedad no se determina por los hacedores de imagen y los expertos en "reingeniería de la personalidad", sino por la experiencia personal en materia económica y por el deseo más notable del momento, el de estrenar ciudadanía.

Catch-22: para seguir existiendo, la opinión pública debe probar su cercanía con las encuestas electorales, para que las encuestas se legitimen necesitan influir en la opinión pública. Desde 1994, las encuestas hacen las veces de sexto sentido de la República, y la opinión pública, si no quiere verse privatizada, debe asumir que ya intuíra o presentía o pregonaba lo que las encuestas exhiben. ¿Qué fue primero: la encuesta o la realidad? Y la paradoja continua es el trato incestuoso entre la opinión pública y las encuestas.

Sólo desde una perspectiva regional interesan las correrías en pos de diputaciones y senadurías y gubernaturas (salvo los casos de Campeche y Nuevo León). Una vez más y por razones de la importancia real o atribuida de los candidatos, el centralismo avasalla. ¿Por qué no? Si gana el PRD o gana el PAN en la ciudad de México, se impondrá la noción de un poder paralelo. "Aquí manda el Presidente, y otro que manda allá enfrente". Por las inercias del centralismo, las expectativas del 6 de julio se concentran de modo abrumador en la ciudad de México.

Con sensatez, muy pocos confían en las grandes transformaciones que sobrevendrán en la capital si gana la oposición. No se desconocen la fuerza de los "candados" impuestos por el régimen, ni las mil y una técnicas de acorralamiento presupuestal o corporativo a los gobiernos opositoristas, ni las debilidades de los proyectos capitalinos del PRD y el PAN, ni la insuficiencia de apenas tres años en el poder tras décadas de control priista y solidificación de las redes de complicidad y de cacicazgos. Pero es tal el deseo de sacudirse el peso muerto del PRI, que hace viable la esperanza en los beneficios del cambio. Por

lo demás, el PRI que conocemos es, en todo lo referente a su continuidad, un cadáver.

La campaña de Cuauhtémoc Cárdenas dista de poseer el brillo y la emotividad de la del 88. Pero es más sólida en cuanto a la convicción del voto, lo que según creo se debe sobre todo a la experiencia colectiva del salinismo. Por lo que se ha visto, el gobierno de Salinas es el más ruinoso entre los que registra la memoria histórica de esta generación, con todo y su carga de "misterios" (el caso Colosio, el caso Ruiz Massieu, el caso Conasupo, etcétera), y hay en sectores amplísimos, del popular al empresarial, la decisión de evitar una desmesura semejante. De acuerdo a una opinión muy numerosa, votar por la oposición es crear diques y límites legales a la impunidad y es apoyar a quienes han resistido la avalancha de calumnias, asesinatos y envíos corruptores. Los méritos y las deficiencias de Cárdenas están a la vista, y el voto a su favor ya no será el voto ilusionado y romántico de 1988, sino uno donde se equilibren la indignación justa y el proyecto de una modernidad distinta.

Hoy, lo más significativo en la vida política de México es la transformación de las mentalidades. No hablo de un proceso homogéneo, ni de milagros, ni de resultados ya extraordinarios, sino del enfrentamiento al determinismo ¿cómo informarse debidamente en las condiciones de pobreza?, y del abandono masivo de características que parecían fatales: inercia, resignación, miedo, canje del voto por unos cuantos servicios y un puñado de regalitos. De manera todavía irregular la opinión pública o la sociedad civil o la sociedad (como quiera llamársele) manifiesta su interés: participar de alguna manera en la conducción de su destino.

A lo largo del siglo una "garantía de gobernabili-

dad" ha sido el papel pasivo de la ciudadanía, distribuido en indiferencia, apoyo ocasional a los Presidentes de la República y murmuraciones. Y a esto se le llamaba "paz social", porque de cualquier manera existía la movilidad, algunos hijos de campesinos y obreros estudiaban en las universidades, la ilusión de ascenso se repartía equitativamente (el ascenso no, desde luego), y las protestas contra la corrupción, uno de los hechos más oprobiosos, se diluían por el efecto del cinismo, ese lenguaje social impuesto por la concentración del poder político y económico en unas cuantas manos. Pero en los años recientes el deseo de vida cívica ha destruido esquemas y actitudes fatalistas. No en balde la izquierda y la derecha usan con frecuencia el mismo lema: "¡Sí se puede!" Y esto explica un fenómeno amplio y visible, la llamada "democratización desde abajo" que se traduce en relaciones psicológicas distintas con la autoridad, disminución del peso de las estructuras jerárquicas, técnicas teatrales de movilización, aparición de nuevas fuerzas (entre ellas las minorías étnicas, culturales, sexuales), vuelcos en la moral social.

Si se confirman las tendencias de voto y gana Cárdenas, los problemas se intensificarán pero disminuirá un gran obstáculo: el anquilamiento histórico de la voluntad cívica. Sí, el programa económico del PRD dista de ser convincente (tampoco persuaden los del PRI y el PAN), los residuos dogmáticos dificultan con severidad la fluidez de una izquierda moderna, se carece de tradiciones en qué fundar la modernidad crítica y autocrítica, pero el deterioro del PRI es inocultable e irreversible, y al escribir esto no me considero profeta sino cronista. Pese a las consecuencias que se avizoran, el triunfo de la oposición en la ciudad de México y el fin de la mayoría absoluta en el Congreso serían, según me parece, señales no menospreciables del tránsito a la democracia.

LA ERA DE LOS LÍMITES

FEDERICO REYES HEROLES

El poder nunca es estable cuando es ilimitado.

Tácito

EL SÍNDROME DE LA SORPRESA

Escribo estas líneas tres semanas antes de las elecciones federales de 1997. Me fue solicitado ese

siempre riesgoso ejercicio de otear en el futuro, necesaria irresponsabilidad de la que no podemos escapar. En 1988 la miopía oficial, la abrupta ruptura o desgajamiento del PRI, la ausencia casi total de encuestas y estudios de opinión, la súbita organización opositora y la comodidad mental provocaron una sorpresa. Desde entonces el mercado de las expectativas polí-